

Gonzalo Torrente Ballester

Don Juan



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1998
Segunda edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gonzalo Torrente Ballester y Herederos de Gonzalo Torrente Ballester, 1963
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-341-5
Depósito legal: M. 33.533-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo
19	Capítulo 1
92	Capítulo 2: Narración de Leporello
127	Capítulo 3
195	Capítulo 4
344	Capítulo 5

*A la memoria de José Ortega y
Gasset, de Gregorio Marañón y de
Ramón Pérez de Ayala, donjuanistas.
A Hille Bruns-Baumgart, primera
lectora de esta historia.
A José Bergamín, que no está de
acuerdo.*

*Béni soit la Providence,
qui a donné à chacun son joujou,
la poupée à l'enfant,
l'enfant à la femme,
la femme à l'homme,
l'homme au diable!*

Victor Hugo, *Journal*, 1832

Prólogo

No puedo recordar cuál ha sido el origen de este *Don Juan*: algo, seguramente, muy oscuro y remoto, una de esas ideas que permanecen segundos en la conciencia y que se ocultan luego para germinar en el silencio o para morir en él. Lo que sí puedo asegurar es que *Don Juan* nació de un empacho de *realismo*.

No soy un doctrinario del arte. Lo admito todo, menos el gato por liebre. Por mi temperamento y por mi educación, me siento inclinado al más estrecho realismo y, con idéntica afición, a todo lo contrario. El predominio de una de esas vertientes en el acto de escribir depende exclusivamente de causas ajenas a mi voluntad. Y aunque lo bonito sería valerse de ambas y hacer síntesis de sus contradicciones, es el caso que tal genialidad no me fue dada, y unas veces me siento realista, y otras no. Pero, también por causas ajenas a mi voluntad, me he visto obligado, durante cinco años, a escribir una novela rea-

lista de mil trescientas páginas: esa trilogía que, con el título de *Los gozos y las sombras*, han leído alrededor de dos millares de españoles. Confieso que, en ese tiempo, muchas veces me vi tentado a escapar a la fantasía por cualquier rendija inesperada, y que, siempre que esto acontecía, en los umbrales me esperaba Don Juan. Otras tantas lo aparté, comprometido como estaba ante mí mismo a terminar una obra sin traicionar el espíritu inicial. Pero Don Juan permanecía detrás, mucho más fantasmal de lo que es hoy, y me daba señales de su presencia y de su esperanza de que algún día le concediera atención.

Me entregué a él una vez terminada *La Pascua triste*. Es decir, a comienzos de este año de 1962. Lo primero que advertí fue que, visto de cerca, mi *Don Juan* ya no era el mismo que durante varios años me había instado. Sin mi permiso, había cambiado, y hube de tomarlo, más que como era, como estaba. Esta clase de bromas las gasta la imaginación, que trabaja por su cuenta y que nos da lo que produce, ni más ni menos, nos guste o no. *Don Juan* es un personaje imaginario, sin el menor contacto con la realidad. Pero, aun siendo imaginario, se me representaba más como figura pensante que activa. Esto no dejó de chocarme. Por lo general, las figuras de esta clase suelen ser productos del pensamiento, no de la imaginación; suelen ser símbolos de ideas, no intuiciones figuradas. Y lo que piensan o dicen, trasunto de lo que piensa el autor y no quiera decir por su cuenta. Ahora bien: mi primera gran sorpresa aconteció al comprobar que ni Don Juan ni ninguno de los restantes personajes de la historia pensaba como yo. Y esto no dejó de ale-

grarme, porque, aun abandonado el método realista, me permitía permanecer en la actitud objetiva a que mil trescientas páginas de novela realista me habían acostumbrado. Desde el principio me propuse escribir esta historia sin que ninguno de sus personajes –ni siquiera ese *narrador* anónimo, al que, sin embargo, he prestado algunas de mis circunstancias personales– se constituyera en mi portavoz. Y creo haberlo conseguido.

Aquí debería terminar este prólogo. Pero, puesto a escribir, pienso que no estaría de más explicar esta ocurrencia de concebir un nuevo *Don Juan*. Sobre todo cuando *Don Juan* no es un tema de moda, cuando no existe una gran firma que avale la ocurrencia. Con los temas literarios, sucede ahora que necesitan el aval de una gran firma para circular. El novelista, el dramaturgo, son seres metidos en la realidad, capaces de abarcarla en su conjunto o en alguna de sus parcelas. Tímidamente remiten al público su novela o su drama. Ellos creen –creemos– que lo que inventan y publican añade algo a lo ya poseído por los hombres. Pero su invención y su añadido pasan sin pena ni gloria cuando ninguna gran firma se ha dignado fijarse en ellos. Lo corriente, entonces, es que el escritor renuncie a su personal visión de la realidad, o de la verdad, y se convierta en secuaz de otro u otros ya acreditados. Es decir, que se acoja a la protección, próxima o remota, de una gran firma, en cuyo ejemplo o en cuyos principios pueda escudarse. El conjunto de estos seguidores constituye una *escuela*. Y, escuelas literarias, las ha habido siempre. Lo que pasa es que, antes, dejaban un margen a la independencia, y, hoy, no lo dejan. La *sociología* del escritor ha cambiado

mucho. Incluso la del escritor *engagé*. Yo lo soy, evidentemente, pero no con un grupo o una escuela. Lo soy al modo del guerrillero y no del soldado regular. Lo cual es, sin duda, un modo de *engagement* bastante mal visto. Este intento de ejercer la literatura por mi cuenta explica, sin embargo, que un tema pasado de moda me haya interesado, y que haya gastado en él siete u ocho meses –con intermitencias, ésta es la verdad– de mi vida sin que ninguna gran firma avale con su luz y autoridad mi empresa.

Hace bastantes años empecé a escribir una serie de narraciones con el título general de «historias de humor para eruditos». No es que las destinase exclusivamente a esos admirables varones cuya principal actividad consiste en acumular saberes gratuitos y lujosos (que tal cosa son, en el fondo, los eruditos); pero el título me gustó. La primera de dichas historias, única publicada, se vendió poco y, desde luego, no sé de ningún erudito que la haya leído. Para la segunda no encontré editor. Dejé, pues, de escribirlas, y allá quedan «El hostel de los Dioses amables», «La Princesa Durmiente va a la escuela», y otras que pudiéramos llamar narraciones cultas. Que no eran, como pudiera creerse a simple vista, meras fantasías librescas, sino la realidad, al menos la verdad. O una verdad. Era la suya, como la de este *Don Juan*, materia poética fuera de moda, y no me sorprendió en absoluto su falta de difusión. Había *Don Juan* de formar parte de la serie, aquel *Don Juan*, no éste, porque el de entonces hubiera sido distinto. La diferencia principal, ahora lo advierto, consiste en que, hace dos o tres lustros, *Don Juan* apuntaba a una verdad, y, ahora, probablemente,

no. O quizá sea que entonces estaba yo más seguro de ciertas verdades de lo que lo estoy ahora. Pero da lo mismo. La verdad a que entonces apuntaba era, desde luego, una verdad existencial. Ahora, mi propósito es meramente literario. Sumar, a las muchas existentes, mi particular versión de Don Juan.

Que es, en cierto modo, tradicional, y, en cierto modo, no. El lector advertirá que en esta historia se recogen muchos elementos comunes a casi todas las versiones conocidas (e incluso entre ellas algunas que, si se refieren a un «Don Juan», no le llaman así, como el estudiante salmantino de Espronceda y el protagonista del estupendo cuento de Merimée). Si algún erudito se entretiene alguna vez en analizar mi historia, a sus cuidados encomiendo poner en claro, de acuerdo con su oficio, los muchos préstamos tomados a mis muchos predecesores. Pero creo haber puesto también algo de mi cosecha, algo en virtud de lo cual este Don Juan sea «mi» Don Juan. Es cierto que, en su mayor parte, mis aportaciones personales no son imágenes, sino conceptos. Bueno. Por eso, sólo por eso, prefiero llamar «historia» y no «novela» a esta obra mía. La novela, tal y como yo la concibo, es otra cosa.

Sin embargo, esta «historia» tiene estructura novelesca, y a escribirla apliqué mi oficio de novelista. Como tal novela tampoco responde a la moda. Ni siquiera a la moda de las «novelas intelectuales» famosas hace veinticinco años. Me he tomado tremendas libertades, y no es la menos grave esa inclusión en el cuerpo narrativo de dos «bloques» que rompen la unidad planteada: el que llamo «Narración de Leporello», y el que no llamo de

ninguna manera, pero que pudiera llamar «Poema del pecado de Adán y de Eva». Uno y otro, a poco pesqui que tenga el lector, guardan relación necesaria con la sustancia de la novela. Lo que sucede es que han crecido mucho, quizá desproporcionadamente. Alguna vez he intentado reducirlos, sustituirlos e incluso suprimirlos, pero no lo hice por una razón profesional: están bien escritos, quizás mejor que el resto de la historia. Y, si uno es escritor, ¿por qué no permitir que subsista lo mejor que ha salido de su pluma, aunque ese «mejor» se refiera solamente a la perfección formal? Quizá algún día de este *Don Juan* se recuerden sólo sus embuchados.

He leído muchas veces que Don Juan fue un individualista, y siempre me resistí a creerlo. Un texto de Tirso de Molina, el que encabeza mi capítulo tercero, me abona. Son dos frases ridículas, las que Don Juan y Don Gonzalo dicen: ridículas en la situación dramática en que fueron pronunciadas; ridícula sobre todo la que la estatua de Don Gonzalo profiere. Y, sin embargo, una y otra dan la pista del no individualismo de Don Juan. Pero, por otra parte, es evidente su soledad social, es decir, su falta absoluta de solidaridad con los hombres. Y no digamos su soledad metafísica, su soledad de profesional del pecado. Pero entiendo que «insolidaridad» y «soledad» no suponen necesariamente «individualismo», aunque puedan coincidir con él en el mismo sujeto. No fue éste Don Juan; no lo fue, al menos, en el origen: ese «fils de papá» inventado por Tirso hace lo que hace porque se sabe protegido por el poder de su padre. El personaje de Tirso, como figura poética, es bastante im-

perfecto, mezcla de mamarracho y de aspirante a superhombre. Yo, que me he inspirado en él, he pretendido quitarle lo que de mamarracho tiene e insistir en sus restantes cualidades. Y una de ellas es el saberse miembro de una casta, como se expresa en su afirmación de ser un Tenorio; es decir, de poseer, al lado de cualidades y obligaciones individuales, las comunes a todos los de su nombre. Tenerse, pues, por hombre ligado y obligado por la fidelidad a un grupo humano (aunque sea tan limitado como el clan familiar) no es, como intenté demostrar en otra parte*, una manera muy clara de individualismo, sino, quizá, de todo lo contrario. El que mi Don Juan, al final, mande a paseo a sus ascendientes, es, creo, una broma lógica, de la cual sí que resulta un Don Juan individualista, amén de solitario. Condenado al individualismo, a ser él, sólo él, *per saecula saeculorum*. Como se es, según dicen, en el infierno. En lo cual me aparto de la conocida concepción sartriana de que el infierno son los demás. Para mi Don Juan, el infierno es él mismo. Pero líbreme Dios de hacer de esto una concepción general, una «tesis». No pasa, como todo lo demás, de ocurrencia humorística.

Pido perdón a los teóricos de la literatura por la presente herejía, que no pasa, como antes dije, de escapatoria o descanso. Ando ahora con algo que titulo *Las ínsulas extrañas*, novela en cuyo texto volveré a ser, o al menos lo intentaré, realista, objetivo y crítico, si estas tres cosas pueden casarse con fortuna. Ante las herejías,

* Véase mi libro de ensayos *Teatro español contemporáneo*: Ed. Guadarrama, Madrid, 1957.

los nuevos modos aconsejan una conducta que antaño hubiera resultado escandalosa: no darse por enterado. Nada más fácil con un nuevo libro. A mí, personalmente, no me cogerá de sorpresa.

Capítulo 1

1. Acaso exista, en Roma, algún lugar tan atractivo para cierta clase de personas como en París los alrededores de San Sulpicio; pero yo no he estado nunca en Roma.

Sube uno por la calle de Rennes, desde Saint-Germain. Allá abajo, en la esquina, frente a la iglesia, queda la terraza de «Aux deux magots», y, en la terraza, tipos de esos del bulevar, herederos de los que hace más de cien años pintaban Gavarni, Daumier y Benjamín. Los tipos del bulevar son como cierta clase de peces o como los aeroplanos, de reducida autonomía, que puedan pasar, pasear y *flanear* dentro de un espacio ampliamente acotado, más allá del cual no se arriesgan, o lo hacen con timidez, quizá con miedo. Es curiosa la cobardía inconsciente de estos tipos –profesionalmente osados– cuando caminan por las calles de los burgueses. Ellos, cuya razón de ser es la extravagancia, se encuentran limitados por ella, constreñidos, prisioneros. Dentro de su barrio

pueden hacerlo todo; fuera de él, les está vedado lo que un hombre o una mujer vulgarmente vestidos tienen a su alcance. Cuando, por estas mismas calles, Baudelaire exhibía su cabellera verde, gozaba de mucha más libertad. La cabellera verde de Baudelaire era un insulto dirigido, en general, a los burgueses que hallaba en su camino, y a su padrastro, hombre respetable, en particular; pero, desde aquellos tiempos, los burgueses han cambiado mucho, sobre todo en sus relaciones con la extravagancia. Ya no la sienten como un insulto: la dejan pasar, y quedan pensando entre sí que, después de todo, ciertas clases de atuendo usadas en el barrio de más abajo no dejan de tener sus ventajas en la estación veraniega.

Las proximidades de San Sulpicio son como una especie de pasillo para los extravagantes de Saint-Germain a causa del Teatro *du Vieux-Colombier*. Transitan por sus proximidades mezclados a los curas que van y vienen, que entran y salen en las librerías religiosas y en las tiendas de casullas. No es corriente que nadie se acuerde de Manón. En realidad, a Manón sólo la recordamos los extranjeros aficionados a la literatura antigua, y alguna que otra solterona, asimismo extranjera, que en su juventud asistía a la ópera. Manón no es una figura moderna ni modernizable. Su modo de entender el amor no ha tenido fortuna filosófica, y el Caballero des Grieux nos parece hoy demasiado llorón, demasiado blando, y le odiamos un poco porque reveló a las mujeres lo que hay de blando y llorón en el amor de todos los varones. Unos centenares de metros más abajo de San Sulpicio, docenas de parejas se besan y acarician de un modo crudo, brutal, pero filosóficamente irrefutable. Interrogados

sobre la naturaleza de sus sentimientos, responderían con citas de *L'Être et le Néant*.

Lo que importa, sin embargo, de estos alrededores de San Sulpicio, no es el recuerdo de Manón, ni su especial y anticuada manera de amar y ser amada. Personalmente me han atraído siempre las librerías religiosas, los objetos litúrgicos. Todo lo que sobre Dios y sobre Cristo escriben los curas y los frailes alemanes, franceses, belgas, ingleses e italianos, se encuentra aquí, se ordena en anaqueles, se despliega en escaparates, se ofrece como banquete succulento e inalcanzable. El curioso de Dios, el angustiado, y también el inquieto, aquí convergen, aquí se encuentran, aquí se miran y reconocen sin palabras. Son, generalmente, personas de aspecto inocuo. Hay que saber mirarles a los ojos para averiguar lo que pasa por sus almas. Cuando sus manos se alargan, en apariencia tranquilas, hacia este o hacia aquel libro; cuando lo hojean con afectada mezcla de curiosidad intelectual y displiencia; cuando por fin lo compran y se lo llevan, sólo quien les conoce y comparte su inquietud adivina el secreto temblor, la impaciencia secreta con que se acogerán al café más próximo, al sosiego y al silencio de un rincón, para leerlo.

El hombre honrado es siempre torpe ante una virgen, y es igual que haya tenido trato con otras mujeres o no, que tenga experiencia amorosa o que carezca de ella. ¡Si habrán abierto libros estos angustiados, estos inquietos que en los alrededores de San Sulpicio adquieren textos de Teología! Sus manos pueden rasgar hojas intactas con independencia de su voluntad y de su mente. Da lo mismo que atienda o no a los dedos ágiles; da lo mismo que

se distraiga viendo pasar a una muchacha especialmente atractiva, porque las manos cumplen solas su cometido. Sin embargo, el libro de Teología es como la moza virgen y amada. De nada valen la experiencia y la destreza. Los dedos se cuelan torpemente entre las hojas, rasgan por las dobleces el papel, sin esperar a que la camarera traiga el cuchillo solicitado: porque, como la moza amada, el libro puede reconstruir o deshacer para siempre la vida de este hombre. Dirá: «¡Por fin!». O no dirá nada: arrojará el libro lejos de sí, y, con él, la esperanza.

Claro que muchas otras clases de hombres se ven en las librerías de San Sulpicio. Aquel italiano vestido como un criado inglés de buena casa no pertenecía, desde luego, a la categoría de los inquietos, sino más bien a la de los seguros. Tendría como treinta años, y su espabilada, sapientísima manera de mirar y de sonreír, solamente se concibe en los ojos de un golfo sevillano, napolitano o griego. A mí me chocó desde el primer momento, y me interesó, porque en su apariencia confluían y no acababan de mezclarse dos tradiciones contradictorias: no se mezclaban, y, sin embargo, se influían, se limaban, convivían. Por muy prodigiosamente listo que fuese aquel sujeto, si se le dejase a su albedrío, vestiría de modo impropio y llamativo, y, a la menor ocasión, acaso en medio de la calle, cantaría «Torna a Sorrento» acompañado de una mandolina. Hongo, chaqué y pantalones sin vueltas constituían algo así como el sistema de normas apretadas que excluyen pañuelos de colorines y canciones sentimentales; pero la nerviosa agilidad del Fulano, metida en el monótono uniforme, le imprimía tal vivacidad y sale-ro, que se esperaba, al verle, el remate bailado de cual-

quier movimiento. Algunas de las veces en que coincidimos frente al mismo anaquel, pensé si sería gitano.

No es increíble que un verdadero *butler* anglosajón, concebido, v. gr., por Huxley, sea aficionado a la Teología; pero el cliente de las librerías de San Sulpicio no era un verdadero *butler*. Lo cierto es que llegué a creer que aquel sujeto no era verdadero, ni siquiera un verdadero italiano, sino un tipo disfrazado, una deliberada falsificación. Su aire, al repasar los textos teológicos, manifestaba excesiva curiosidad intelectual y un poco superior, como si la materia estudiada en aquellos libros quedase por debajo de su caletre. Escogía con rapidez y tino, amontonaba volúmenes, preguntaba por otros, y alguna vez cambió palabras de buen juicio con un joven dominico inglés sobre moderna bibliografía trinitaria. Al dominico le sorprendió tan sólo que un laico mostrase tan gran conocimiento sobre cuestiones casi esotéricas: la contradicción entre el ser y la apariencia del italiano le había pasado inadvertida.

Un sacerdote español, amigo mío, me llevó cierta vez a la trastienda de una librería protestante donde un teólogo alemán hablaba del Señor. Se habían congregado allí unas cincuentas personas de la más varia catadura. El conferenciante, sentado en un rincón, abrió un texto de Calvino, leyó unos párrafos, y se puso a comentarlos. Hablaba un francés pulido, claro, y sus palabras describían al Señor como Ser caprichoso y terrible.

—Lo que yo no me explico es cómo, pensando así, se puede andar tan tranquilo por el mundo y decir cosas tan bellas de un Señor en cuya Voluntad no puede tener el hombre la menor confianza.

Me pareció al principio que había hablado el cura, mi compañero; pero advertí en seguida que permanecía a mi derecha, evidentemente desasosegado por lo que iba oyendo, y las palabras venían de la izquierda, y su tono había sido tranquilo, casi burlón. El mayordomo italiano ocupaba el asiento vecino al mío, se había vuelto hacia mí, y me miraba sonriente.

—Usted es católico, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, desde luego.

—Es chocante. Casi todos los presentes somos católicos, salvo un par de ateos y un solo calvinista: la esposa del conferenciante, que es aquella señora fea que le escucha entusiasmada.

—¿Les conoce usted a todos?

—¡Oh, sí! Vengo aquí todos los viernes. ¿Usted viene por primera vez? No se pierda estas conferencias mientras pueda. Observará que la teología protestante, la teología seria, quiero decir, no ha logrado salir de la ratonera en que la metieron hace cuatrocientos años Lutero y Calvino. Aunque quizá la imagen de la ratonera no sea muy exacta: más bien le corresponde la de una cerca de altísimas murallas. Los ratones metidos dentro no tienen más remedio que profundizar y hundirse en la tierra, o saltar hacia lo alto, hacia el cielo. ¿Se da cuenta de que saltar al cielo es lo que pretende éste?

No esperó mi respuesta. Volvió la cabeza hacia el conferenciante y escuchó. De cuando en cuando tomaba notas en una libreta vulgar de tapas negras. Así, hasta el final, como si no me hubiera dirigido nunca la palabra. Aplaudimos. Mi amigo, el cura, bastante preocupado, tiró de mí hacia la salida.

–Perdóname. No debí traerte a escuchar estas cosas.

–No pase apuro vuesamercé, señor presbítero, que la fe de su amigo no es de las que vacilan por calvinista más o menos.

El italiano estaba a nuestro lado, saludaba con el hongo en la mano, y hablaba correctamente el español. El cura nos miró alternativamente como diciendo, a él: «¿Quién es usted?», y a mí: «¿Quién es este sujeto?».

–¿Les sorprende que hable tan bien el castellano? No tiene nada de extraño. He cursado en Salamanca la Sacra Teología. Hace ya mucho tiempo, pero la lengua de la calle no he podido olvidarla.

–¿En Salamanca? ¿Dice usted que en Salamanca? –El cura lo miraba ya con simpatía–. Cúbrase, por favor: está lloviendo.

–Ya lo creo, gracias. –Se puso el hongo después de una breve reverencia–. He estudiado con...

Nombró a seis o siete maestros.

–Naturalmente, no comparto todos sus puntos de vista, pero, sin duda, les adeudo la base de mi cultura teológica. Es lo que yo digo a un conocido mío aficionado a estas cuestiones: por muy anticuada que esté la doctrina escolástica, siempre conviene permanecer amarrado a ella aunque sólo sea por un cable sutil, como el barco permanece sujeto al áncora sumergida. No importa que el cable, de puro tenso, vibre y amenace romperse: una pequeña marcha atrás permite alejar el peligro.

Mi amigo el cura era escolástico: esbozó una protesta, pero el italiano la cortó cortésmente.

–Le ruego que me perdone, pero, si le respondo, nos meteremos en una discusión de varias horas y yo tengo